

el género humano adora. La Providencia no emplea los golpes de Estado, ni el crimen, la violencia ó la traicion para realizar sus designios. Un Dios semejante causa horror, no es Dios. Tal es la consecuencia funesta del fatalismo que deploramos. Al desterrar á Dios del mundo y de la historia no se tiene en cuenta que, faltos de Dios, falta á los hombres el principio de vida. Hay que mostrarles á Dios en la historia para que lo sientan tambien dentro de sí mismos; pero no un Dios que proceda como el destino ciego, sino un Dios-Providencia que educa al género humano; no un Dios que destruya nuestra libertad, sino un Dios que le da continuamente nuevas fuerzas. La verdadera filosofía de la historia es una demostracion de Dios. Pero esconde todavía un escollo esta concepcion: al demostrar á Dios en el mundo, hay que evitar confundirle con el mundo. No vale la pena librarse de la fatalidad para caer en el fatalismo.

§ VI.—El fatalismo panteista.—Hegel.

I.

La filosofía de la historia se liga íntimamente con la concepcion de Dios y se resume en dos ideas: el gobierno providencial y el progreso. Éste supone un Dios que vive en nosotros, pero sin confundirse con nosotros, y que llamamos el Dios inmanente para distinguirlo del Dios de los ortodoxos, que vive fuera del mundo y no interviene en él sino por la vía milagrosa. Pero la inmanencia de Dios ¿no es sinónimo de panteísmo? Los panteístas adoptan la palabra; falta saber si le prestan el mismo sentido que nosotros le prestamos. El panteísmo niega ó destruye la individualidad humana, al paso que nuestra más firme creencia es la existencia infinita y progresiva del hombre. En la doctrina del panteísmo no cabe la filosofía de la historia; habría contradicción lógica en hablar de un gobierno providencial, cuando la idea de Providencia implica un Dios personal, es decir, un Dios con conciencia de sí mismo y dirigiendo con conciencia la educación del género humano. En cuanto al progreso, no se concibe para el individuo sin una existencia infinita, distinta de Dios y manifestándose libremente. El panteísmo, por el contrario, absorbe al hombre en Dios, le quita su li-

bertad, y despoja al mismo Dios de la personalidad, y, por tanto, de la libertad.

Este reproche ¿va dirigido á un filósofo ilustre cuyo nombre hemos inscrito entre los fatalistas? Es difícil pronunciar sobre Hegel un juicio absoluto. Sabido es que, despues de su muerte, su escuela se dividió en partidos enemigos; hubo entre ellos ortodoxos que pretendieron que la doctrina de su maestro era idéntica al cristianismo tradicional, convirtiendo la filosofía en una segunda edición del catecismo. Otro partido, tambien extremo, negó á Dios y la libertad individual, dejando tan sólo á la humanidad subsistente. Los ateos ó panteístas puros pretendían que su doctrina era la del maestro. ¡Singular contradicción! ¿Cómo puede ser el mismo pensador á la vez ortodoxo y ateo ó panteísta? Parécenos que esto prueba una cosa cuando ménos, y es que falta á la doctrina de Hegel claridad y precision; acaso debiera decirse que á su autor le faltó aliento y franqueza. Lo cierto es que continuamente encontramos en él ideas contradictorias: tan pronto se le creeria partidario del gobierno providencial y del progreso como fatalista decidido. La impresion definitiva que queda es que el filósofo alemán es panteísta, y que Dios, la libertad y el progreso no son para él lo que para los que creen en un Dios consciente y en una vida infinita del individuo.

Hegel ha escrito una filosofía de la historia. Parte del principio que la razon gobierna al mundo. Este principio tambien es el nuestro, pero falta ver cuál es el sentido en que él lo toma. Los ateos mismos reconocen que las leyes racionales rigen á la naturaleza y al hombre; y el ateísmo es la negacion más radical de la teoría que ve á Dios en la humanidad y en la historia. La razon á que atribuye Hegel el gobierno del mundo ¿es la Providencia divina? En apariencia, sí. El filósofo alemán rechaza el azar en la historia, y le reemplaza con la idea que tiene conciencia de sí misma. Hé aquí el Dios que llamamos personal, no porque se parezca á las personas humanas, sino porque tiene conciencia de lo que hace. La razon que gobierna al mundo no es, por tanto, un sistema de leyes que presiden lo mismo al destino de los pueblos que al movimiento de los astros, es una Providencia. El nombre es de Hegel, y añade la profunda frase: que la historia es una teodicea y la justificacion de Dios. Hay un designio de Dios en la vida de la

humanidad, y la Providencia lo persigue, no ocupando el lugar de los hombres, no destruyendo su libertad, sino haciendo servir sus intereses particulares y sus pasiones egoístas para el bien general. En este sentido se puede decir que la historia es la obra de Dios. Hegel termina su *Filosofía de la historia* con estas palabras que los adoradores del Dios inmanente pueden suscribir: "La historia justifica á Dios, demostrando que se manifiesta en la vida humana; no solamente sin Dios nada se hace, sino que cuanto se hace es obra suya," (1).

Al mismo tiempo escribe Hegel que la historia es el desenvolvimiento de la idea de libertad. La libertad, dice, es la esencia del espíritu humano. En el mundo oriental no hay más que un sér libre, el déspota; los pueblos son cosas. En las ciudades griegas y en Roma, los ciudadanos son libres, pero á condicion de abandonar el trabajo material á los esclavos. El hombre no ha sido realmente libre sino por virtud del cristianismo y de las razas germánicas. Esto implica que la libertad se desenvuelve progresivamente. Hegel lo dice (2). El progreso es, pues, una ley de la humanidad, como lo es el gobierno providencial. Hé aquí las bases de la filosofía de la historia. Seguir en la historia el progreso y el plan divino que en ella se realiza, tal es la mision del historiador y lo que hemos ensayado en el curso de estos Estudios. Estamos de acuerdo en apariencia con Hegel. ¿Quiere esto decir que seamos panteístas ó que Hegel no lo sea? Entendámonos. Las palabras nada dicen por sí mismas, todo depende del sentido que se les preste. Preguntemos á Hegel por la aplicacion que hace de sus principios. Aquí el cuadro cambia por completo; el progreso se traduce en inmovilidad y la justificacion de Dios en la de todo cuanto existe. En este optimismo universal, la noción del deber moral se debilita hasta el punto de no distinguir el bien del mal, y la responsabilidad humana se disipa; queda un nuevo fatalismo, á pesar de las palabras libertad, Dios y progreso que el filósofo conserva, sin más valor que el de palabras.

II.

Véase la fórmula que resume la filosofía de la historia de Hegel: "Todo lo que es racional es real,

(1) HEGEL, *Philosophie der Geschichte*, p. 12-17, p. 547 (segunda edición).

(2) "Die Weltgeschichte ist der Fortschritt im Bewusstsein der Freiheit" (HEGEL, *Philosophie der Geschichte*, p. 24).

todo lo que es real es racional," (1). ¿No es esto elevar la realidad, con sus errores, sus imperfecciones y sus miserias, á la altura de un ideal de verdad? Este ideal se asemeja más al infierno del Dante, donde no cabe ninguna esperanza, que á la vida de la humanidad, si ésta ha de ser progresiva, y si Dios, la perfeccion misma, preside á su educación. Los hombres no han visto nunca en el mundo real la encarnacion de la idea; por el contrario, lo que les choca es la distancia infinita que media entre lo que existe y lo que pudiera ó debiera existir. Al mismo tiempo experimentan una necesidad imperiosa, indestructible de ver el ideal realizado en la tierra; mientras la idea del progreso les ha faltado, colocaron ese tipo de perfeccion en un pasado imaginario; pero desde el punto que la creencia de la perfectibilidad humana les ha inspirado esperanzas infinitas, se han dicho que la edad de oro no la dejáramos detras, sino que era preciso buscarla en el porvenir. En realidad no hay edad de oro; lo que hay es progreso incesante, infinito, dentro de los límites de la imperfeccion que la criatura humana no puede rebasar. De aquí una aspiracion incesante hácia el mejoramiento de los individuos y de la sociedad; de aquí tambien un legítimo descontento del estado actual del mundo. Sin esta inquietud continua, el progreso no se realizaria jamas ni los hombres pensarían en modificar su condicion presente. Hegel condena esta solicitud de ideal, permitiéndola únicamente á los poetas; el filósofo debe buscar, no el bien que pudiera existir, sino el que existe realmente. Si lo hace así, encontrará que "el mundo real es lo que debe ser." Y ¿cómo había de ser de otra suerte? Dios ¿no gobierna todas las cosas? Y ¿no es Dios la bondad y la verdad en esencia? ¿Quién le puede contradecir el poder de realizarse? Luego todo lo que existe debe ser, y es realmente, bien (2).

Si fuera así, el progreso se convertiría en una palabra vacía de sentido. Precisamente, dice Hegel, porque no comprendemos lo que existe, soñamos cambios incesantes. Si, en lugar de vivir en el porvenir, investigáramos la razon de las cosas, encontraríamos que existe la verdad en el dominio del derecho, de la moral y del Estado; que es muy vieja, y que basta estudiar las leyes, las instituciones y las religiones para descubrirla. Jamas se

(1) HEGEL, *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, p. 17.

(2) HEGEL, *Philosophie der Geschichte*, p. 43 y siguientes.

ha negado que la naturaleza física expresa ó revela la perfeccion de Dios; ¿por qué había de ser distinto respecto á la naturaleza moral? El objeto de la filosofía no es imaginar un ideal de sociedad y de humanidad, sino comprender y explicar el mundo real. Ella justificará á Dios, demostrando que la realidad refleja la perfeccion divina, y consolará á los hombres, curándolos de esa inquietud enfermiza que la quimera de una perfeccion ideal alimenta y entretiene (1). Si los hombres estuvieran imbuidos de esta conviccion, se manifestarian contentos del presente, sin pensar en modificarlo; pero tambien si tal hubiese sido siempre su conviccion, el mundo moral hubiera permanecido inmutable, como el mundo físico. La naturaleza es hoy la misma que era en los tiempos de Aristóteles; ¿sucede lo mismo respecto al mundo moral? El filósofo griego justificaba la esclavitud; pero ¿participa de su opinion la filosofía? La verdad es muy vieja, dice Hegel. ¿Podría decirnos su edad? ¿Podría decirnos cuándo apareció en el mundo? ¿Fue en los tiempos de Aristóteles, de Santo Tomas, de Descartes ó de Kant? ¿Podría decirnos en qué Estado, en qué religion ha encontrado la verdad su expresion fiel? Hegel se burla de los que persiguen siempre un nuevo ideal. Veamos si el filósofo es más feliz cuando procura comprender el presente.

Hegel profesaba la filosofía en Berlin y en una época de reaccion política y religiosa. Reinaban el cristianismo ortodoxo y la realeza; el trono y el altar estaban íntimamente unidos en Prusia, y no en provecho de la libertad por cierto. ¿Puede un filósofo ser cristiano ortodoxo? En otra parte hemos contestado la pregunta. Hegel intentó este imposible con tal suceso, que durante su vida, por lo ménos, pasó su filosofía por expresion exacta del cristianismo tradicional. Hoy todo el mundo sabe á qué atenerse; esa pretendida identidad se reduce á palabras y fórmulas. Si esas fórmulas se hubiesen tomado en serio, no habría filosofía posible, porque ésta no cabe donde falta la libertad de pensar; y ¿cómo ser libre el pensamiento cuando no hace más que formular las verdades reveladas? (2). El catecismo de Lutero bastaba. Si la Alemania

(1) HEGEL, *Philosophie des Rechts*, p. 6 y siguientes.

(2) Véase mi *Estudio sobre la filosofía del siglo XVIII*, y mis *Estudios sobre la reaccion religiosa y sobre la religion del porvenir*.

hubiese atendido á Hegel, hubiera retrogrado al siglo XVI, y lógicamente á la Edad Media.

De esa suerte comprendió Hegel la religion y descubrió la verdad absoluta en el cristianismo. Los descubrimientos que hizo respecto al Estado no fueron ménos maravillosos. La monarquía existió en la cuna del género humano; bajo la forma de gobierno patriarcal, expresion de la unidad. La diversidad se manifestó despues con la aristocracia y la democracia; pero estos dos elementos acabaron por ser absorbidos en una nueva forma de la monarquía, la que tenía á su vista el filósofo alemán, la realeza absoluta con un régimen burocrático. La filosofía de Hegel y esa monarquía policiaca fueron así consideradas como idénticas; ¡qué gloria para la filosofía! ¡Formar una trinidad con el altar y el trono! ¿Cómo se encontraba la libertad en tan santa alianza? Hegel era de la opinion de los reaccionarios católicos, en el sentido que todo Estado, segun él, debía tener su constitucion particular, hija de las circunstancias históricas. Luego la forma actual, la que estableció por todas partes la reaccion, restableciendo los primores de los pasados tiempos, es cuanto hay de mejor en el mejor de los mundos. Hegel rechazaba con desden la imitacion de las repúblicas antiguas, y para ser consecuente debió repudiar tambien la imitacion del gobierno inglés (1). Tal sistema equivale á perpetuar el miserable estado en que se encontraba la Europa despues de la caída de Napoleón. Los reyes y los burócratas tuvieron á dicha verse legitimados por la filosofía, y el pueblo alemán se dejó adormecer así algun tiempo por las fórmulas hegelianas. Pero el encanto se ha roto. Los Alemanes han conquistado su libertad, y para consolidarla no dejan de imitar á la Inglaterra.

La doctrina de Hegel hubiera conducido á inmovilizar el presente. Kant había sido más audaz: lleno de entusiasmo por la Revolución francesa, en medio del trastorno de la Europa formuló un proyecto de paz perpetua, fundado sobre el *self-government* de las naciones. Hegel lo combatió, decidiéndose por la guerra. Era la guerra un hecho universal como la monarquía, que tenía su razon de ser y su verdad. No lo dudamos; pero de que los conquistadores hayan desempeñado en otros

(1) HEGEL, *Philosophie der Geschichte*, p. 56 y sig. (segunda edicion).

tiempos la mision de mezclar los pueblos, ¿ha de deducirse que se necesiten Alejandro y Atila, cuando la industria, el comercio, la literatura y el arte establecen lazos mil veces más fuertes y más íntimos entre los hombres? La paz adormece las naciones, dice Hegel, y se requiere que la guerra las despierte de un sueño que pudiera ser letárgico. Si, la paz las adormece, si siguen la filosofía hegeliana, porque equivaldría á la muerte la inmovilidad que consagra. Donde reina, no la burocracia, sino la libertad, las agitaciones no faltan, y los hombres no tienen necesidad de matarse, como bestias feroces, para impedir su prolongado sueño. ¿Acaso la agitacion de la libertad es inferior á la de los combates? Hegel es lógico al defender los ejércitos permanentes; y este es otro hecho universal que tiene su razon de ser y su verdad. Así lo creemos; mas ¿por ello habrémos de deducir la eternidad de esa llaga que devera á los Estados? Los pueblos han llegado á ponerse al abrigo de la peste: ¿por qué no han de poder consagrar al desarrollo intelectual y moral los millares que cuesta el arte de matarse? Hegel compadece los ataques que se dirigen contra un hecho necesario (1). ¡Paciencia! Los hechos se trasforman desde que el mundo existe, y llegará día en que cause admiracion que un filósofo se haya pronunciado en favor de la guerra y de los ejércitos permanentes.

Desde luego la conciencia pública se rebela contra una filosofía que lo justifica todo, hasta la política real. Hegel la comprende tan bien, ve de tal suerte lo que hay en ella de verdadero, que no comprende el reproche de inmoralidad que contra la política se dirige. Cada Estado tiene su razon de ser y el derecho de hacer lo que más le conviene. No hay que juzgarlos como seres abstractos que representan la justicia absoluta, porque no es esta su mision. Están en lo cierto cuando hacen lo que deben para su conservacion y grandeza. En este concepto, Federico II tuvo razon en invadir la Siberia, y la division de la Polonia fué un acto muy legítimo. Sólo los espíritus limitados vituperan lo que no comprenden; pero ¡lo que vale comprender! Si los Alemanes hubieran comprendido la filosofía de Hegel, no la hubiesen atendido un sólo instante; sus fórmulas abstractas les han seducido; al traducirlas en lenguaje vulgar, al apli-

(1) HEGEL, *Philosophie des Rechts*, p. 410 y siguientes.

carlas á la realidad de las cosas, se descubren con espanto sus funestas tendencias; ¡quién creería que el filósofo tan celebrado aboga en favor de los crímenes de la política y en contra de la moral! (1). Guárdase, sin embargo, de hablar de crímenes, y manteniéndose en vagas y oscuras generalidades, parece remontarse sobre las mezquinas preocupaciones de una moral de mercachifle.

Hegel afecciona el desden. Los maestros de escuela, dice, juzgan desde las alturas de su moral á los hombres que se llaman Alejandro y César. Al héroe griego le reprochan la ambicion desmesurada que le impulsó á la conquista del Asia. Pero la ambicion es un vicio condenado en todos los tratados de moral y, como Hegel hubiera podido añadir, en todos los catecismos. Importa, pues, evitar este pecado, y esto es lo que hacen los maestros de escuela que no piensan en conquistar el Asia, ni siquiera la Silesia; con esto se engañan y se creen muy superiores á esos falsos grandes hombres que el mundo se obstina en admirar (2). Esta sátira habría parecido espiritual en Berlin. Á los que la aplauden nos permitiremos recordarles que entre los *maestros de escuela* que atacan á los conquistadores se encuentran escritores que se llaman Fenelon y Voltaire. No están inspirados por una moral de mercachifle, ni Voltaire ha pasado nunca por pedante. ¿Por qué este gran genio, y con él todo el siglo XVIII, han hecho una guerra á muerte á los conquistadores? ¿No será porque los guerreros, aun los más grandes, huellan bajo sus pies los derechos de la humanidad? Hegel se consuela diciendo que su destino les fuerza á asolar más de una *humilde flor*. Los filósofos del siglo pasado no se consolaban tan fácilmente de las miserias sin nombre que la conquista arrastra en pos de sí. ¿Quién tiene razon? ¿Hegel, que lo comprende y legitima todo, así los males de la guerra como las violencias y los ardides de la política, ó Voltaire, que comprende tambien, pero que siente al mismo tiempo latir su corazón á la vista de los sufrimientos de sus semejantes? ¿Está la humanidad condenada al mal eternamente, ó es la mision de los hombres, sobre todo de los grandes entre los grandes, disminuir el mal y hacer triunfar el bien? Las *humildes flores* tienen tambien su dere-

(1) HEGEL, *Philosophie des Rechts*, p. 420 y siguientes.

(2) HEGEL, *Philosophie des Rechts*, p. 39 y siguientes.

cho, y el derecho, sobre todo, ha de reinar en el mundo.

No hagamos á Hegel la injuria de creer que él, un pensador, se propusiera predicar el derecho del más fuerte, por más que á esta consecuencia conduzca su doctrina. Hay elegidos entre los pueblos, como hay héroes entre los hombres. Esos pueblos elegidos desempeñan una mision, y todo lo que hacen para cumplirla es un derecho. Tienen, pues, derecho á la dominacion, derecho que las otras naciones no pueden invocar, porque carecen de él ante esos elegidos de Dios, y no ocupan lugar preferente en la historia (1). Hé aquí una de esas fórmulas pretenciosas que sirven para legitimar todos los abusos de la fuerza. Los Romanos eran uno de esos pueblos dominantes; luego sus violencias y sus perfidias son legítimas; por lo ménos, el resultado de su política está justificado. Los Italianos y los Griegos, los Galos y los Españoles carecían de derecho. ¿Ha reflexionado bien Hegel en las consecuencias de esta palabra terrible? ¿Un pueblo sin derechos! ¿Entonces estará en la misma línea que los brutos! Se le puede reducir á esclavitud; méjor dicho, es esclavo por naturaleza. Entre las naciones esclavas por el nacimiento se encuentran los Germanos: ¿su destino es divertir al pueblo rey en los sangrientos circos donde se degüellan los gladiadores! También hay en los tiempos modernos pueblos que cumplen una mision divina. La nacion que hizo la Revolucion del 89, ¿no está marcada por el dedo de Dios? ¿Diráse por esto que frente á la Francia revolucionaria quedaba la Europa sin derecho? ¿Napoleon, el heredero de la Revolucion, estaba, por tanto, en su derecho pisoteando á la Alemania, destruyendo á las dinastías y dividiendo los pueblos! No, la mision que Dios da á sus elegidos, héroes ó naciones, no les otorga un derecho superior, ántes les impone deberes más estrechos; no quita su derecho á los que se encuentran en el camino de los privilegiados: no hay ser sin derecho. Los grandes hombres y los grandes pueblos no son los que sacrifican la humanidad á su egoismo, sino los que se sacrifican por la humanidad.

Otro tanto dirémos de la filosofía. No tiene por mision únicamente comprender lo que existe, como quiere Hegel, sino con preferencia preparar el por-

(1) HEGEL, *Philosophie des Rechts*, p. 425.

venir. Si el mundo estuviese destinado á eterna inmovilidad, diríamos que á la filosofía sólo una cosa le quedaba por hacer, reconciliar á los hombres con el mundo, demostrándoles el orden y la armonía bajo la apariencia del desorden. Pero el mundo cambia sin cesar, y la ley del progreso preside á sus trasformaciones. Por tanto, si todo tiene su razon de ser, tiene también su razon de desaparecer. ¿El progreso se cumple por una fuerza ciega, sin el concurso de la humanidad? Entonces el hombre no es más que la rueda de una máquina, y no cabe verdaderamente la pena de filosofar sobre su destino. Pero si este destino lo realiza el hombre por sí mismo, si es el agente del progreso que se cumple, entonces la filosofía tiene otra mision que comprender, y está llamada á obrar; cábele un papel activo en el desarrollo de la humanidad, y debe prestar su concurso á la marcha progresiva de los pueblos; es decir, que debe preocuparse del porvenir tanto como del presente. Se dice que los poetas son los profetas del porvenir. También los filósofos entran por mucho en esta obra de trasformacion incesante que constituye la vida del género humano, y deben investigar el ideal. Hegel trata de soñadores á los que salen de la realidad para imaginar un estado, un mundo perfecto (1). No le falta razon, cuando las especulaciones filosóficas no tienen en cuenta la realidad de las cosas. Pero esta realidad es precisamente el objeto de la filosofía de la historia, la que enseña que el presente procede del pasado, pero que el presente encierra los gérmenes del porvenir. Si el porvenir procede del presente, claro es que debe tomarlo en cuenta. El progreso es una evolucion, no una destruccion.

Quiere esto decir que la doctrina del progreso no alimenta la inquieta agitacion, ávida siempre de cambios y de trastornos, que convertiría la vida humana en una revolucion permanente, lo cual sería peor que una quimera, porque se reduciría á la anarquía organizada. La verdadera filosofía de la historia enseña la paciencia; al paso que nos consuela de los males presentes, nos da la esperanza, ¿qué digo? la certidumbre de un porvenir mejor. Sí, el presente tiene su razon de ser, puede decirse que es hasta la expresion del ideal eterno, dentro de los límites que comporta el estado actual de la

(1) HEGEL, *Philosophie des Rechts*, p. 18.

sociedad. Basta esto para reconciliarnos con nuestro destino. Pero no basta á contentarnos, porque sus límites son una consecuencia de nuestra imperfeccion. Somos perfectibles, y por tanto, los límites deben ensancharse, ya que no desaparecer por completo. El hombre nunca está satisfecho del presente, porque tiene la conviccion instintiva de que el presente debe ir perfeccionándose sin cesar. La filosofía debe mantener este divino desaliento, mostrando al hombre un ideal superior á la realidad, porque es esta una aspiracion que da alimento al progreso. Decir, con Hegel, que la filosofía no debe salir del mundo actual, equivale á despojar al hombre del móvil que le impulsa á perfeccionar lo que existe; es el fatalismo del hecho, y conduce á inmovilizarle. El error de Hegel ¿no trasciende á la concepcion de Dios? Si Dios se confunde con el mundo, no cabe admitir ni una libre actividad del hombre ni un verdadero progreso: la historia se convierte en una evolucion fatal.

§ VII.—El fatalismo positivista.—Augusto Comte.

N.º 1.—Las pretensiones.

Á creer á Augusto Comte y al más eminente de sus discípulos, el autor de la *Filosofía positiva* sería un revelador de la raza de Moises y de Jesucristo. El orgullo del hombre es desmedido. Á su mujer escribía que "su obra estaba destinada á marcar una época importante en el desenvolvimiento general de la razon humana." Á Stuart Mill escribía: "Á los ojos de los más grandes pensadores de nuestro tiempo, mi obra fundamental ha asentado por fin todas las bases esenciales de una verdadera filosofía, propias para satisfacer las principales exigencias, sean mentales, sean sociales, de la situacion actual de las poblaciones occidentales" (1). Todavía estas pretensiones excesivas no son nada en comparacion del orgullo monstruoso que mostró el autor de la *Filosofía positiva* cuando trasformó su doctrina en religion. Al leer á sus discípulos el primer capítulo de su *Política positiva*, donde expone sus ideas religiosas, les recomendó "abstenerse de toda observacion, bajo el supuesto que no escucharía ni atendería ningun-

(1) LITTRÉ, *Augusto Comte y la Filosofía positiva*, p. 333, 373.

na" (1). Es esta la jactancia de la infalibilidad, bajo la falsa humildad de los vicarios de Dios; pero todavía hay en ella un resto de respeto á los hombres. Comte no conserva sino el orgullo. Habla de los más grandes genios con que la humanidad se honra con un desden que disgusta. Á Mill escribía: "El famoso Schiller no me ha parecido nunca, por las traducciones, un verdadero poeta, sino más bien un torpe imitador del gran Shakespeare; su necio sentimentalismo metafísico, alimentado por la influencia de Rousseau, me es insoportable" (2).

Si Schiller es un tonto, ¿qué dirémos del comun de los mortales? Las palabras del revelador son oráculos; los hombres tienen que aceptarlos, como los dogmas proclamados en Roma son verdades divinas para los fieles, áun cuando tales verdades se refieran á la Inmaculada Concepcion ó á la infalibilidad del papa. Durante muchos siglos, el vice-Dios que tiene en Roma su trono persiguió á sangre y fuego á todos los que no creían en las falsas verdades que debían salvar su alma: la Iglesia quemaba en este mundo á los heréticos para entregarlos despues á las llamas eternas. La sangre cesó de correr, gracias á la filosofía; los heréticos dejaron, al parecer, de existir. El mundo está entregado á las disputas de los hombres; pero como ninguno posee la verdad absoluta, ninguno puede tampoco condenar á los demas. ¿No hay que desesperar del orgullo humano! Augusto Comte consideraba herejías las disidencias de opinion que encontraba en sus discípulos; y si se mantenían persistentes ó incurables, acusaba al corazon de ser solidario de esas desviaciones intelectuales (3). De aquí á condenar la herejía como un crimen, no hay más que un paso. ¿No parece que estamos en Roma ante el tribunal de la santa Inquisicion?

Comte ha encontrado un discípulo que le es muy superior por la ciencia, Littré: si éste se engaña sobre el valor de la doctrina positivista y sobre la autoridad de su inventor, no se debe á presuncion, sino á una ceguedad inconcebible en tan claro y profundo entendimiento. Hay que oírle hablar de la *Filosofía positiva* de Augusto Comte; nunca han sido con frases tan entusiastas celebra-

(1) LITTRÉ, *Augusto Comte*, p. 527.

(2) LITTRÉ, *Augusto Comte*, p. 438.

(3) COMTE, *Carta de Mill* (LITTRÉ, *Augusto Comte*, p. 455 y siguientes).